



en la victoria alcanzada por Juan Sobieski sobre los turcos delante de Viena, en la rápida propagación del Evangelio entre los idólatras, y en la diputación que enviaron á Roma diversos obispos cismáticos de Oriente para dar un testimonio de su sumisión á la Santa Sede.

Inocencio fué reemplazado por Alejandro VIII Ottoboni, 1689 á 91). Alejandro, natural de Venecia, sostuvo á su patria contra los turcos, obtuvo de Luis XIV la restitución de Avignon y del condado Venecino, sin que esto le impidiera condenar por una bula los cuatro artículos, de la iglesia galicana. La reina Cristiana le legó la rica colección que llegó á ser la biblioteca del Vaticano. El nepotismo de Alejandro oscureció desgraciadamente su memoria.

Inocencio XII (Pignatelli, 1691-1700), elegido después de Alejandro, siguió las huellas de Inocencio XI; prohibió expresamente por una bula el nepotismo, publicó útiles y severos decretos para la ejecución de la justicia y el arreglo de las costumbres en los Estados de la Iglesia, y se ocupó sobre todo de los pobres, á quienes llamaba sus sobrinos, y para quienes había convertido en una especie de hospital el palacio de Letran. Después de amargas experiencias, se vió Luis XIV obligado á permitir á los obispos de Francia que escribiesen al papa que se hallaban afligidos por las conclusiones de la asamblea de 1682, y que las consideraban como inválidas. El mismo rey había escrito antes al papa que tenía el placer de poner en conocimiento de Su Santidad, que había dado orden para que las disposiciones á que le habían obligado las circunstancias en su ordenanza de 2 de Marzo de 1682, quedasen sin efecto en lo relativo á la declaración del clero de Francia. El papa concedió entonces la institución de los obispos nombrados, que había dilatado hasta aquella época.

La historia de España desde los días de Felipe III hasta la paz de Utrecht, nos ofrece el siguiente cuadro:

Felipe IV, hijo de Felipe III, era de poca disposición para el gobierno; pero en cambio fué muy dado á los placeres y á la amena literatura. Tuvo por primer ministro á su favorito D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Oliva-

res, que tampoco era muy entendido en cosas de Estado; pero sí muy presumido y ambicioso de popularidad y de gloria, por lo que renunció á la política conservadora del duque de Lerma, y aspiró á engrandecer la monarquía. Al efecto, reorganizó los antiguos y valientes tercios españoles, y declaró la guerra á Holanda, Alemania, Italia, Francia é Inglaterra.

Apenas hubo espirado la tregua de doce años concluida con la Holanda, cuando se volvió á las armas con el mismo empeño que anteriormente, continuando por ambas partes la porfía y el encarnizamiento. La fortuna se declaró tan vária, que aunque los españoles alcanzaron victorias sumamente gloriosas, no ménos las consiguieron también muy importantes los holandeses, así por tierra como por mar. Complicándose esta guerra con la general entonces en Europa de treinta años, terminó con el tratado de Munster, en que Felipe IV hubo de confirmar la independencia de las provincias unidas, abandonando todas sus conquistas.

La guerra con la Francia apenas subió al ministerio Richelieu, tuvo su causa en la antigua rivalidad entre Francia y Alemania, en el pensamiento político de ese ministro de abatir la casa de Austria en sus dos ramas, española y austriaca; pero dando motivo á ella la muerte, sin sucesión legítima, de Vicente Gonzaga, duque de Mantua, por entrar en posesión de ese ducado el de Nevers, con apoyo de la Francia y á disgusto de Felipe IV. La guerra empezó en Italia por aquel punto que ponía en comunicación al rey de España con el emperador de Alemania. Este punto era precisamente la Valtelina. De suerte que, apoderándose Richelieu, como lo hizo, de la Valtelina, adquirió una entrada importante para pasar á Italia, interrumpiendo el medio de comunicación entre España y Austria. Los demás hechos de armas que se siguieron pertenecen á la guerra general de treinta años.

Tuvo principio este hecho con la muerte del archiduque Alberto sin sucesión, porque según los tratados anteriores, debían volver estos Estados al rey de España. Los flamencos probaron á impedir esta nueva agregación; se nega-



ron á reconocer por gobernadora, á nombre de Felipe IV, á la viuda del archiduque, Isabel Clara, é intentaron formar una república á imitación de la de Holanda. Espínola y el cardenal infante D. Fernando, hermano del rey, que entró á gobernar después de la archiduquesa, los sujetaron, siguiendo esta guerra las alternativas de la general de treinta años, hasta el tratado de los Pirineos. En todos estos movimientos jugaba ocultamente la política de Richelieu, que continuaba en el sistema de debilitar el poder de la casa de Austria, tanto más cuanto que esta diversion de fuerzas le era entonces muy oportuna para realizar sus planes sobre la Valtelina.

La insurrección de Cataluña denota ya el gran decaimiento de la monarquía española. El conde-duque de Olivares, después de haber armado contra España la Europa entera, sublevó á Cataluña con la intención secreta, de quitarla sus privilegios. Los catalanes estaban quejosos de la duración de la guerra con la Francia por las incomodidades que sufrían á consecuencia del paso continuo de tropas. Indispuestos además los ánimos por la violación de algunos de sus privilegios y del ningún fruto que habían producido sus reclamaciones á la corte de Madrid, se hallaban demasiado propensos á tomar un partido violento, cuando la imprudente dureza del conde-duque de Olivares puso el colmo á su indignación, y lo que empezó por un motín del pueblo, que á tiempo se pudo sofocar, se convirtió en una insurrección formal en todo el principado, y acabó por una sangrienta guerra contra el monarca.

No pudiendo los catalanes sostenerse en este estado de insurrección sin el auxilio de algún príncipe extranjero, despacharon embajadores á Luis XIII, rey de Francia, para que reconociéndolos por vasallos les dispensase su protección. Mas como esto no se arreglase tan prontamente como era de desear, tomaron el partido de erigirse en república independiente. Siguióse la guerra once años con variedad de acontecimientos, ya prósperos, ya adversos, por una y otra parte, hasta que bloqueada Barcelona, hubo de entregarse á los valerosos caudillos marqués

de Mortara y D. Juan de Austria, hijo natural este último de Felipe IV, concediendo á los catalanes sus antiguos fueros y privilegios.

Hacia ya tiempo que los portugueses, fatigados de guerras tan largas y descontentos de la dominación castellana, meditaban en secreto sacudir una dependencia que, á su parecer, les humillaba, cuando una orden del conde-duque para que parte de la nobleza y crecido número de tropas nacionales marchasen contra Cataluña, acabó de indisponer los ánimos y maduró la conspiración que se había tramado en Lisboa con impenetrable sigilo, para colocar sobre el trono portugués al duque de Braganza, como efectivamente fué proclamado con el nombre de Juan IV. Esta nueva calamidad, sobre tantas como afligían á España, fué origen de una nueva guerra, que concluyó en la desgraciada batalla de Villaviciosa, á que se siguió á los tres años la paz de Lisboa, quedando este reino separado de la monarquía castellana y con las posesiones que tenía antes de su incorporación.

La pérdida de Portugal fué el acontecimiento que acabó de desconceptuar al conde-duque, ya sobradamente desacreditado por su mala administración, que era la causa de todos los males que afligían al reino. Todos clamaban por su separación: los grandes se retiraban de la corte; el pueblo, triste y silencioso, no daba ya aquellas señales de afecto acostumbradas cuando el rey aparecía en público; pero nadie osaba rasgar el velo que le ocultaba los desaciertos de su favorito. Hubo que interesar á la reina y á la corte de Viena, y después de veintidos años de ministerio, se retiró á la vida privada.

Entró á sucederle D. Luis de Haro, su sobrino, iniciado ya en la política y admitido en los consejos del rey, y el cual, aunque no cambió de sistema de gobierno, fué más prudente y más moderado en sus pretensiones que el tío. El nuevo ministro trató seriamente de disminuir el número de enemigos; era ya tarde; el impulso estaba dado, y aunque por entonces había fallecido Richelieu, el poder residía en manos de Mazarino: que continuaba la guerra con no ménos vigor. En Fáludes se dió la fa-



mosa batalla de Rocroy, fatal, porque en ella quedó vencida por primera vez aquella terrible infantería española, que desde los tiempos del Gran Capitán había ligado la victoria á sus banderas.

Como el mal ejemplo se propaga á manera de pernicioso contagio, á la sublevación de Cataluña y Portugal se siguieron las de Nápoles y Sicilia. La de Sicilia se sosegó luego; más la de Nápoles, cuyo autor fué un pescador llamado Tomás Aniello, nombre vulgarizado con el de Masaniello, fué más seria. Se pensó en establecer una república bajo la protección de la Francia, convidando con su presidencia al duque de Guisa, á quien se le confirió el título de Dux. La Francia envía al duque con una poderosa escuadra; pero antes de mucho, el virey duque de Arcos y D. Juan de Austria, sostenidos por la nobleza napolitana, no sólo aplacaron la sedición, sino que hicieron prisionero al de Guisa, que, enviado á España, permaneció custodiado en el alcázar de Segovia.

Por entonces se terminó la guerra de treinta años con el tratado de Westfalia. La España no fué comprendida en esta paz, porque se negó á ceder á la Francia el Franco-Condado y el Rosellon, que pedía Mazarino. Hubo de continuarse la guerra entre Francia y España, no muy favorable para ésta, á pesar de que, desgarrada la corte de Francia por sus divisiones intestinas, contribuía ella misma á la prosperidad de su rival.

Por último, no llevando trazas de concluirse la guerra, y apurado Mazarino en Francia, volvió á pedir á Felipe IV la paz, que se firmó en la isleta que forma el río Bidasoa en las fronteras de ambos reinos, llamada de los Faisanes. Este tratado, conocido con el nombre de los Pirineos, y que fué el complemento del de Westfalia, contenía los artículos siguientes, como más principales: casamiento de Luis XIV con María Teresa, hija de Felipe IV, renunciando la infanta los derechos que en cualquier tiempo pudiera tener á la corona de España; cesión á la Francia del Rosellon, del Conflant y de una parte del Artois, restituyendo los franceses las demás conquistas que habían hecho.

Felipe IV sobrevivió seis años á este trata-

do. El reinado de Felipe IV, llamado el *Grande*, sin que se sepa por qué, ha sido uno de los más desgraciados de nuestra historia. En él continuó más rápidamente la decadencia de la monarquía española. Perdimos en *estados*, en *reputación* militar y en *consideración* política. El Portugal independiente, la Jamaica conquistada por los ingleses y los países cedidos á la Francia en la paz de los Pirineos, fueron pérdidas hasta ahora irreparables. Y en el tratado de los Pirineos se nos quitó el puesto de primera potencia dominante en Europa, y pasó á Francia.

Cárlos II sucedió á su padre Felipe IV, á la edad de cuatro años y bajo la tutela de su madre María Ana de Austria, ayudada de una junta instituida por el rey difunto. Las confianzas, honores y manejos en las cosas del Estado con que la reina madre empezó á distinguir á su confesor el jesuita alemán Fr. Juan Everardo Nithard, no fueron del agrado de los cortesanos, y mucho menos de D. Juan de Austria, que se creía poco considerado. Este asunto paró en sublevarse D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, en tumultuarse el pueblo de Madrid, saliendo desterrado el P. Nithard. A éste sucedió en el favor D. Fernando Valenzuela, casado con una camarista de la reina. En esto, Cárlos II llegó á la mayor edad. Valenzuela huyó al Escorial, y todo eso dió origen á desacatos y sucesos muy ruidosos, siendo reemplazado al fin por D. Juan de Austria, que no valía más que el P. Nithard y Valenzuela. Durante este reinado tuvo lugar el último período de la guerra general europea contra Luis XIV.

Concluida esta guerra extranjera, comenzó otra diplomática en la corte de Madrid, originada de la situación lastimosa del rey, enfermo de ánimo y de cuerpo, y de la gran cuestión de la sucesión de la corona, que por entonces comenzaba á ventilarse; porque Cárlos II, no obstante estar casado de segunda vez, no tenía sucesión, ni el estado de su salud daba esperanzas de que la tuviese. Esto hizo que se formasen dos partidos en la corte: el austriaco, sostenido por la reina María Ana de Neoburg, por el primer ministro el conde de Oropesa y el conde de Harach, embajador del emperador



Leopoldo; y el francés, al frente del cual estaba el cardenal Portocarrero, el inquisidor general Rocaberti y el embajador francés, conde de Harcourt.

En tanto que estos partidos se hacían una guerra cruda y vivísima en la corte por medio de intrigas palaciegas, escándalos y motines, cada cual por conseguir que el sucesor designado por Cárlos II fuera el de su nación, las cortes extranjeras, atentas á evitar una guerra general y á que se rompiera el equilibrio europeo, trataron de repartir la monarquía española entre todos los que alegaban algún derecho. En efecto, en el tratado del Haya se dispuso de la monarquía española como una compañía de comercio dispone de su capital. Habiéndose frustrado este primer repartimiento por la muerte del duque de Baviera, á quien se daban la España y las Indias, se firmó un nuevo tratado de repartimiento en Londres.

Cárlos II, indignado de esta usurpación hecha á su persona y á la independencia de su nación, recogió un momento todas sus fuerzas para nombrar sucesor; pero se encontró otra vez, como tantas, dudoso y embarazado con las pretensiones de su casa y la de los Borbones. Redoblando éstos sus esfuerzos, y haciendo que el caso se elevase en consulta al papa Inocencio XII, poco afecto á la casa de Austria, así como los cardenales que informaron, y habiéndose resuelto favorablemente á aquéllos, Cárlos II hizo por fin su testamento el 21 de Octubre de 1700, nombrando heredero de todos sus estados á Felipe de Anjou, Borbon, muriendo el 29 del mismo mes.

Cárlos II fué el último monarca de la poderosa casa de Austria, que contribuyó á la más alta grandeza, así como al mayor decaimiento de la potencia española. Ya desde los últimos tiempos de Felipe II había comenzado á decaer en todos los órdenes; en las armas, porque nuestras tropas fueron vencidas y comenzamos á perder las posesiones que tanta sangre había costado adquirir; en las letras, porque un sinnúmero de falsarios inundaron nuestra Historia con falsos y absurdos cronicones, y convirtieron la pura y clara lengua de Cervantes en una algarabía afectada é ininteligible, cono-

cida con el nombre de *gongorismo*; las artes se empobrecieron, recargándose con adornos del peor gusto posible, llamado estilo churriguesco; las costumbres en todas las clases de la sociedad era una mezcla de impiedad y superchería; y vireinatos, gobiernos políticos, tenencias militares, todo se vendió. Tanta era nuestra pobreza, que no existía en España ni un navío, ni un general, ni un buen político; nada, en fin, de lo que constituye la fuerza, la seguridad ó la gloria de una nación. Sólo quedó en pié el carácter nacional, que bastó para restaurar la monarquía española en los reinados de la casa de Borbon.

A principios del siglo XVII, y durante los reinados de Felipe III y Felipe IV, fueron notables por su santidad: San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías de la Madre de Dios; el beato-Simon de Rojas; la beata María de Jesus; la venerable madre Agreda y el venerable Palafox.

Y por sus escritos, sobresalieron: el venerable Palafox, Nierenberg, Suarez, Caramuel, el cardenal Aguirre, Villarreal, Salgado, Solórzano, Ramos del Manzano, Gonzalez de Salcedo, Miguel de Cervantes, Nicolás Antonio, el padre Juan de Mariana, Perez de Hita, Sandoval, Colmenar, Fr. Antonio de Yépes, Saavedra Fajardo, Melo, Solís, Lope de Vega, Góngora, D. Francisco de Quevedo, los dos Argensolas, Calderon, Tirso de Molina, Rioja, Moreto y Alarcon.

Luego que Luis XIV aceptó el testamento de Cárlos II y fué declarado rey de España don Felipe V, su nieto, duque de Anjou é hijo segundo del delfin, vino D. Felipe á Madrid, siendo recibido en esta corte con grandes muestras de entusiasmo. Y reunidas luego las Cortes de Castilla para prestarle el juramento de fidelidad, como lo hicieron, quedó confirmado rey de Castilla. Reconocido también en las Cortes de Cataluña y Aragon, eran incontestables los derechos del nieto de María Teresa en toda la Península y estados adyacentes.

Pero la casa de Austria, por el sentimiento de perder la corona de España, por la antigua rivalidad con la Francia y por envidia personal á Luis XIV, protestó contra la proclama-



ción de Felipe V, promoviendo el emperador Leopoldo una coalición contra los Borbones, á pretexto de impedir el engrandecimiento de Luis XIV y de conservar el equilibrio europeo. El Austria, la Inglaterra, la Holanda, el elector de Brandenburgo (después rey de Prusia), el duque de Saboya y el rey de Portugal, ajustaron un tratado en La Haya, conocido con el nombre de *Grande Alianza*, contra la Francia y la España.

Así las cosas, fué imposible todo acomodamiento, y dió principio la guerra, que se ha llamado de *Sucesión*, porque en ella se peleó por la sucesión á la corona de España. La primera campaña empezó por la Lombardia y demas estados españoles en Italia, extendiéndose después á los Países-Bajos, la Alemania y principalmente á las costas de España. Ninguno mereció exclusivamente en esta campaña los honores de la victoria; porque si bien la escuadra combinada holandesa é inglesa tomó el puerto de Santa María y batió con grandes pérdidas en las aguas de Vigo á la española y francesa, también es cierto que Felipe V ganó en Italia á los imperiales las batallas de Santa Victoria y de Luzara.

No así en la campaña de 1704, en que comenzó á declararse la fortuna contra los Borbones. En la parte de acá desembarcó el archiduque Carlos en Lisboa con nueve mil ingleses; el almirante inglés Rooke se apoderó de la importante plaza de Gibraltar, y en Alemania, reunidos en el Danubio los ejércitos del príncipe Eugenio y de Malborough, dieron en Hocktest una terrible rota al ejército francés, obligándole á evacuar la Alemania. La siguiente fué desastrosa en España porque Cataluña, Valencia y Aragón se sublevaron á favor del archiduque, quedando solamente Castilla por Felipe V. La de 1706 fué la más desgraciada de la guerra para las dos coronas, señaladamente para la española, que perdió á Alicante, las islas Baleares, el Milanesado y los Países-Bajos; estos últimos á consecuencia de la derrota del ejército francés en Ramillers. En la campaña de 1707 se perdió á Nápoles; mas

esta pérdida fué compensada con la célebre batalla de Almansa, ganada por el duque de Berwick contra los imperiales, cuyas consecuencias fueron la reconquista de Valencia, Aragón y Lérida, y haber valido á Felipe V en mucha parte su corona. La del año siguiente volvió á dar el triunfo á los aliados, que se apoderaron de Orange, Cerdeña y Menorca.

La primera es notable por un hecho de armas solamente, por la batalla de Malplaquet, la más reñida y sangrienta de esta guerra, ganada por Eugenio y Malborough contra Villars, el mejor general francés entonces. Este golpe fatal obligó al monarca francés á pedir la paz, que desecharon los aliados, si no se ofrecía él mismo á arrojar de España á su nieto Felipe V en el término de dos meses. Estas condiciones tan duras y tan irritantes indignaron al pueblo francés, que ofreció de nuevo sus intereses y su vida para sostener la dignidad del trono, y desde este momento por un concurso feliz de circunstancias, cambiaron de repente las cosas á favor de Luis XIV y de su nieto.

Atribuyendo Felipe su poca fortuna en la guerra á la incapacidad de sus generales, pidió por todo auxilio á su abuelo que le enviase al duque de Vandoma. Su presencia llenó al rey y á la nación de esperanzas. D. Felipe, unido ya con el duque de Vandoma, se fué en busca del enemigo, á quien encontró en las llanuras de Villaviciosa, no lejos de la corte, empeñándose la acción más notable de esta campaña y una de las más vivas de la guerra, viéndose precisado el general alemán Starenberg á ceder el campo de batalla y á tomar el camino de Aragón. La batalla de Denain, ganada por Villars sobre el príncipe Eugenio, fué también un golpe terrible para la liga, que inspiró al Austria intenciones más pacíficas.

Desesperando los aliados de establecerse en España, y mucho menos de arrancar á D. Felipe una corona que defendía con tanto valor, al que debió el justo renombre de Animoso con que le ha apellidado la Historia, empezaron á disgustarse de la guerra, terminada con la paz de Utrecht.

CAPITULO I.

Los papas en la época décimasexta.

El movimiento de Europa en esta época puede concretarse en la idea fundamental de la tendencia á menoscabar las prerogativas de la Iglesia católica, y su acción sobre las sociedades: de aquí que más bien que en los hechos renombrados de Luis XIV y Pedro el Grande, debamos fijarnos en el movimiento religioso de Europa, siguiendo á Meller y Alzog.

La Santa Sede habia recibido un rudo y terrible golpe bajo el pontificado de Inocencio X; los príncipes católicos y protestantes habian celebrado la paz de Westfalia sin consideración alguna á la corte de Roma, secularizando una gran parte de los bienes eclesiásticos, de abadías y obispados, emancipando completamente el poder temporal. Se habia excluido además de los negocios del Estado y del movimiento político toda tendencia, toda dirección eclesiástica. La Santa Sede habia perdido mucho de su ascendiente moral y de su consideración á los ojos del pueblo, siendo de temer que con tales precedentes se acabase por atacar y rebajar sus más esenciales derechos. Inocencio no pudo oponer á esta violación de sus derechos más que una inútil protesta. Alejandro VII, su sucesor (Pablo Chigi, 1655-67), hizo esperar á los romanos un reinado más feliz por la severidad de sus costumbres, por su odio al

lujo y á la magnificencia, por su prudencia y por su conocimiento de los negocios. Desgraciadamente el papa no realizó por completo las esperanzas que se habian concebido de las virtudes y talento del cardenal diplomático: se rodeó de más pompa que lo que se habia creído, llevó sus parientes á Roma y fué en muchas ocasiones difíciles inferior á las circunstancias y á su reputación.

Recibió el inesperado consuelo de ver á la reina Cristina, hija de Gustavo Adolfo, abjurar el protestantismo y volver al gremio de la Iglesia. Recibióla en Roma con magnificencia y le señaló una pensión anual. La Francia, por el contrario, que habia sido ya desfavorable á Alejandro cuando estuvo de nuncio en Munster, fué para él un origen de amarguras y pesares bajo el ministerio de Mazarino (m. 1661), y todavía más durante el reinado de Luis XIV. Parecía que este monarca habia encargado formalmente á su embajador el duque de Créqui, que ultrajase al papa. Los desprecios del embajador y las bravatas de su gente irritaron en tales términos á la guardia corsa, que no respetó ni el mismo palacio de la Embajada francofrancesa (1662). Fué tal la exasperación de Luis XIV, que hizo salir de su reino con escolta al enviado pontificio, ocupar la ciudad pa-